

# PARTIDO Y ACCIÓN DE CLASE

---

*Rassegna Comunista*, Año I, nº 4. 31 de mayo de 1921.

En un artículo anterior, al exponer algunos conceptos fundamentales, no sólo hemos demostrado que no existe ninguna contradicción en el hecho de que el partido político de la clase obrera, órgano indispensable de la lucha por su emancipación, englobe en sus filas sólo a una parte, a una minoría de la clase, sino también que la clase no se moverá en el terreno histórico si no existe un partido que tenga una conciencia precisa de ese movimiento y de sus finalidades y que se coloque en la vanguardia de la actividad de ese movimiento.

Un examen más detallado de las tareas históricas de la clase trabajadora en su curso revolucionario, tanto antes como después del derrocamiento del poder de los explotadores, confirma que es necesario un partido político que dirija toda la lucha de la clase trabajadora.

Para dar una idea precisa, casi tangible diríamos, de lo necesario que es “técnicamente” que exista el partido, quizá **primero** haya que considerar cuál es la tarea del proletariado **después** de tomar el poder, después de arrancar a la burguesía la dirección de la máquina social, aunque pueda parecer así que exponemos las cosas de forma desordenada.

Tras conquistar la dirección del Estado, el proletariado deberá asumir unas complejas funciones. No sólo deberá sustituir a la burguesía en la dirección y en la administración de la cosa pública, sino también construir una máquina completamente nueva y diferente de administración y de gobierno, con objetivos mucho más complejos que los que hoy constituyen el objeto del arte gubernamental. Para desempañar estas funciones es necesario que exista una agrupación, una organización disciplinada de individuos capaces de cumplir estas tareas, de estudiar los diversos problemas, de aplicar a los diversos sectores de la vida colectiva los criterios que derivan de los principios revolucionarios generales y que se corresponden con las necesidades que impulsan a la clase proletaria a romper las trabas del viejo régimen y a construir nuevas relaciones sociales.

Se equivoca completamente quien piense que tal grado de preparación puede proceder del simple encuadramiento profesional de los trabajadores según las tradicionales tareas que desempeñan en el viejo régimen. En efecto, no se trata de emplear la preparación profesional de los mejores obreros para, empresa por empresa, suplantarse las competencias técnicas que antes le correspondían al capitalista o a elementos estrechamente ligados a él, suprimiendo así su papel. Sino que se trata de afrontar tareas de naturaleza mucho más sintética, que exigen una preparación política, administrativa y militar; y esta preparación, que se corresponde exactamente con las tareas históricas precisas de la revolución proletaria, sólo la garantiza un organismo como el partido político, que ha adquirido, por una parte, la visión histórica general del proceso revolucionario y de sus exigencias y, por otra, la severa disciplina organizativa que asegura la subordinación de todas sus funciones particulares al objetivo general de la clase.

Un partido es un conjunto de personas que tienen la misma visión general del desarrollo histórico, una idea clara del objetivo final de la clase a la que representan y de las soluciones que el proletariado deberá dar a los diversos problemas que se le presentarán cuando se convierta en la clase dominante. Por eso el gobierno de clase sólo puede ser el gobierno del partido. Después de recordar brevemente lo que un mero estudio superficial de la revolución rusa pone claramente en evidencia, pasamos ahora a analizar la

fase anterior para demostrar que la actividad revolucionaria de clase contra el poder burgués no puede ser sino actividad del partido.

Es evidente que si el partido, el órgano indispensable para resolver los arduos problemas del período de la dictadura, no ha formado mucho antes el cuerpo de su doctrina y de su experiencia, el proletariado no será capaz de afrontar dichos problemas.

El partido es el órgano indispensable para toda la actividad de la clase, incluso para afrontar las necesidades directas de la lucha que debe culminar en el derrocamiento revolucionario de la burguesía; lógicamente, no se puede hablar de verdadera actividad de clase (es decir, de una actividad que supera los límites de los intereses de la categoría o los problemillas contingentes) si no existe una actividad de partido.

\*\*\*

En líneas generales, la tarea del partido proletario en el proceso histórico se presenta de esta forma.

A cada momento, las relaciones de la economía y de la vida social capitalista se vuelven intolerables para los proletarios, y les empujan a tratar de superarlas. A través de complejas vicisitudes las víctimas de estas relaciones se dan cuenta de que, en esta lucha instintiva contra los sufrimientos y la miseria que afectan a un gran número de individuos, los recursos individuales son insuficientes. Se ven empujados a actuar colectivamente para aumentar, por medio de la asociación, el peso de su propia influencia sobre la situación social que les imponen. Pero la sucesión de estas experiencias, que jalonan el desarrollo de la actual forma social capitalista, lleva a los trabajadores a comprender que sólo conseguirán una influencia real sobre su propio destino si logran asociar sus esfuerzos más allá de los límites locales, nacionales y profesionales, orientándose hacia un objetivo general e integral que se concrete en el derrocamiento del poder político burgués -pues mientras las actuales estructuras políticas se mantengan en pie, su función será la de anular todos los esfuerzos de la clase proletaria para substraerse a la explotación.

Los grupos de proletarios que adquieren antes esta conciencia intervienen en los movimientos de sus compañeros de clase y, a través de la crítica de sus esfuerzos, de los resultados obtenidos, de los errores y de las desilusiones, atraen un número creciente de ellos sobre el terreno de esta lucha general por el objetivo final, que es una lucha por el poder, una lucha política y revolucionaria.

Así, aumenta en principio el número de los trabajadores convencidos que sólo con la lucha final revolucionaria se resolverá el problema de sus condiciones de vida y al mismo tiempo se refuerzan las filas de los que están dispuestos a afrontar las penurias y los sacrificios inevitables de la lucha, poniéndose al frente de las masas, cuyo sufrimiento les empuja a rebelarse, para emplear racionalmente sus esfuerzos y garantizar su eficacia.

La tarea indispensable del partido se presenta pues de dos maneras: primero, como acto de conciencia, y luego como acto de voluntad. Lo primero se traduce en una concepción teórica del proceso revolucionario, que debe ser común a todos los adherentes; lo segundo, en una disciplina precisa que asegura la coordinación y, por lo tanto, el éxito de la acción.

Naturalmente, este proceso de fortalecimiento de las energías de clase nunca ha sido ni puede ser continuo y sin retrocesos. Hay interrupciones, repliegues y perturbaciones que hacen que los partidos proletarios pierdan muchas veces las características esenciales que se habían ido formando poco a poco, así como su capacidad para cumplir sus tareas históricas. En general, la propia influencia de los particulares

fenómenos del mundo capitalista a menudo provoca que los partidos abandonen su función principal, que es la de concentrar y canalizar hacia el objetivo final y único de la revolución los impulsos que surgen del movimiento de los diversos grupos; estos partidos se reducen entonces a buscar soluciones y satisfacciones inmediatas y transitorias, degenerando así tanto en el terreno doctrinal y como en el práctico, llegando incluso a admitir que el proletariado puede encontrar condiciones de vida estables en el marco del régimen capitalista, consagrando su política a unos objetivos parciales y contingentes, dejándose caer por la pendiente de la colaboración.

Estos fenómenos de degeneración, que han culminado en la gran guerra mundial, han venido seguidos por un periodo de sana reacción; los partidos de clase inspirados en las directivas revolucionarias - los verdaderos partidos de clase- se han reconstruido en todas partes y se organizan en la Tercera Internacional, cuya doctrina y acción es explícitamente revolucionaria y "maximalista".

En una fase que parece decisiva, se reanuda el movimiento de convergencia revolucionaria de las masas en torno a los partidos comunistas para el encuadramiento de sus fuerzas de cara a la acción revolucionaria final. Pero, una vez más, lejos de reducirse a simples reglas, este proceso presenta difíciles problemas de táctica, no está exento de sufrir fracasos parciales o incluso graves y suscita discusiones extremadamente apasionadas entre los militantes de la organización revolucionaria mundial.

\*\*\*

Ahora que la nueva Internacional ha reconstruido su doctrina, aún debe trazar el plan general de sus métodos tácticos. En el movimiento comunista de los diversos países surgen una serie de interrogantes y las cuestiones tácticas están a la orden del día. Partiendo de que el partido político es el órgano revolucionario indispensable, después de que las resoluciones teóricas del segundo congreso mundial (punto de partida del artículo precedente) hayan aclarado que el partido sólo puede englobar a una fracción de la clase, se plantea el problema de saber más concretamente qué extensión debe tener la organización del partido, qué relaciones debe haber entre sus propios efectivos y las masas que encuadra.

Existe -o al menos eso dicen- una tendencia encaminada a construir "partidos pequeños" pero perfectamente puros, una tendencia que casi parece alegrarse cuando se aleja de las masas, a las que acusa de tener poca conciencia y capacidad revolucionaria. Se critica vivamente esta tendencia, a la que se define como "oportunismo de izquierda". La fórmula nos parece que tiene más demagogia que sustancia, pues estos términos habría que emplearlos más bien contra las corrientes que niegan la función del partido político y pretenden que sean las organizaciones puramente económicas, sindicales, las que lleven a cabo el vasto encuadramiento revolucionario de las masas.

Se trata pues de examinar un poco más a fondo esta cuestión de la relación entre el partido y las masas. Dado que el partido es una fracción de la clase, ¿cómo se establece la importancia numérica de esta fracción? Nosotros pensamos que quienes dan muestras de voluntarismo, y por lo tanto de característico "oportunismo" antimarxista (ahora oportunismo quiere decir herejía), son aquellos que pretenden fijar **a priori** el valor de esta relación, estableciendo como regla organizativa el número mínimo de trabajadores que deben militar o simpatizar con el partido comunista, la fracción mínima de las masas proletarias necesaria para lograr sus objetivos.

Si evaluamos el proceso de formación de los partidos comunistas, lleno de escisiones y de fusiones, basándonos en un criterio numérico, es decir, recortando los partidos demasiado numerosos y añadiendo

por la fuerza estos pedazos a los partidos demasiado pequeños, cometeríamos un error ridículo, al no comprender que ese proceso deben dirigirlo las normas cualitativas y políticas, y que en gran parte se desarrolla a través de las repercusiones dialécticas de la historia, escapando a cualquier legislación organizativa que pretenda amoldar los partidos a unas dimensiones adecuadas y deseables.

Lo que sí es indiscutible en esta discusión táctica es que es preferible que los partidos sean lo más numerosos posible, que arrastren consigo a los más amplios estratos de las masas. No existe ningún comunista que eleve a la categoría de principio el hecho de ser poco numerosos y permanecer encerrados en una pura torre de marfil. Es indiscutible que la fuerza numérica del partido y el fervor del proletariado reunido a su alrededor son condiciones revolucionarias favorables, son indicios seguros de la madurez del desarrollo de las energías proletarias y, por lo tanto, nadie niega que los partidos comunistas deban progresar en ese sentido.

No existe pues una relación definida o definible entre los efectivos del partido y la gran masa de los trabajadores. Una vez establecido que el partido cumple su función como minoría, sería bizantino preguntarnos si debe ser una minoría pequeña o grande. Está claro que mientras las contradicciones y los conflictos internos del capitalismo, que son el origen de las tendencias revolucionarias, están en su etapa inicial, cuando la revolución aparece como una perspectiva lejana, el partido de clase, el partido comunista, sólo puede estar formado por pequeños grupos de precursores que poseen una capacidad especial para entender las perspectivas de la historia, y el sector de las masas que le comprende y le sigue no puede ser muy extenso. En cambio, cuando la crisis revolucionaria se acerca y las relaciones burguesas de producción se vuelven cada vez más intolerables, las filas del partido crecen numéricamente, aumentando también su influencia en el seno del proletariado.

Si, como decimos todos los comunistas, la época actual es una época revolucionaria, entonces deberíamos tener en todos los países grandes partidos con una amplia influencia sobre vastas capas del proletariado. Pero si a pesar de la agudeza de la crisis y de la inminencia de su estallido esto no ocurre, las causas son tan complejas que sería una ligereza deducir que, como el partido es demasiado pequeño y poco influyente, es necesario dilatarlo artificialmente agregándole otros partidos y fracciones de partidos cuyos miembros están ligados a las masas. A la hora de aceptar en las filas del partido comunista a otros elementos organizados o, al contrario, al amputar una parte de sus miembros a un partido pletórico, no podemos basarnos en consideraciones aritméticas ni en pueriles decepciones estadísticas.

\*\*\*

Exceptuando el partido bolchevique ruso, la formación de los partidos comunistas tanto dentro como fuera de Europa se ha desarrollado a un ritmo aceleradísimo, el mismo con el que la guerra ha abierto de par en par las puertas a la crisis del régimen. Las masas proletarias no pueden formarse una conciencia política sólida de forma gradual, sino que se ven arrastradas por las exigencias de la acción revolucionaria, como si se tratara de las olas en un mar tormentoso. Por otro lado, permanece la influencia tradicional de los métodos socialdemócratas, y los propios partidos socialdemócratas continúan en escena para sabotear el proceso de clarificación, para mayor beneficio de la burguesía.

En los momentos en que el problema del desenlace de la crisis alcanza el punto crítico y el problema del poder se impone a las masas, el juego de los socialdemócratas se vuelve terriblemente evidente, porque frente al dilema: *dictadura proletaria o dictadura burguesa*, cuando ya no se puede esquivar la elección, ellos eligen ser cómplices de la burguesía. Pero cuando esta situación, aunque se aproxime, aún no ha llegado a

ese punto, una parte notable de las masas sufre la vieja influencia de los social-traidores. Por otro lado, cuando las posibilidades revolucionarias disminuyen, aunque sólo sea en apariencia, o cuando la burguesía despliega fuerzas de resistencia inesperadas, es inevitable que los partidos comunistas pierdan terreno momentáneamente en el plano de la organización así como en el del encuadramiento de las masas.

En el marco general del innegable desarrollo de la Internacional revolucionaria, la inestabilidad de la situación actual podrá dar lugar a este tipo de fluctuaciones; y si es indiscutible que la táctica comunista debe tratar de afrontar tales circunstancias desfavorables, no es menos cierto que sería absurdo pretender eliminarlas con fórmulas tácticas, de la misma forma que tampoco hay que exagerar dejándose llevar por conclusiones pesimistas.

En la hipótesis abstracta de un desarrollo continuo de las energías revolucionarias de las masas, el partido va aumentando continuamente sus propias fuerzas numéricas y políticas, crece cuantitativamente, permaneciendo cualitativamente igual, mientras aumenta el número de comunistas entre los proletarios. En la situación real, en la cual los diversos factores y los constantes cambios del ambiente social se reflejan de manera compleja sobre las disposiciones de las masas, sucede otra cosa: el partido comunista, a pesar de estar formado por el conjunto de aquellos que conocen y comprenden mejor que el resto de las masas las características del desarrollo histórico, no por ello deja de ser un efecto de ese mismo desarrollo. No puede dejar de sufrir esas fluctuaciones, y a pesar de actuar constantemente como factor de aceleración revolucionaria, no hay método, por refinado que sea, que le permita forzar o invertir las situaciones, al menos su esencia fundamental.

El peor de todos los remedios que podríamos emplear para contrarrestar los efectos desfavorables de las situaciones sería poner en tela de juicio periódicamente los principios teóricos y organizativos en los que está basado el partido, con el propósito de ampliar la superficie de contacto con las masas. En las situaciones en que merma la predisposición revolucionaria de las masas, lo que algunos llaman “acercar el partido a las masas” equivale muchas veces a desnaturalizar las características del partido, a despojarlo precisamente de aquellas cualidades que le convierten en un catalizador capaz de influir en las masas y hacerlas reemprender el movimiento hacia adelante.

Las características del proceso revolucionario sólo pueden ser internacionales, y por tanto sólo pueden dar lugar a normas internacionales, como lo demuestra la doctrina y la experiencia histórica. Si los partidos comunistas se fundan en estas sólidas conclusiones y establecen así su fisonomía organizativa, a partir de entonces su capacidad para atraer a las masas y sacar de ellas toda su fuerza de clase dependerá de su fidelidad a la estricta disciplina programática y organizativa.

Cuando el partido comunista adquiere la conciencia teórica que le permite afrontar las exigencias de la lucha revolucionaria, conciencia por otra parte confirmada por las experiencias internacionales del movimiento, aunque las masas se alejen de él en ciertas fases, puede estar seguro de que estarán a su lado cuando se planteen aquellos problemas revolucionarios que no admiten más solución que la inscrita en su programa. Cuando las exigencias de la acción muestren la necesidad de un aparato dirigente centralizado y disciplinado, el partido comunista, cuya constitución obedece a tales criterios, se pondrá al frente del movimiento de las masas.

Lo que pretendemos es aclarar que los criterios que deben emplearse a la hora de juzgar la eficiencia de los partidos comunistas no consisten en examinar *a posteriori* sus fuerzas numéricas, comparándolas con las de otros partidos que se reivindican del proletariado. Sino sencillamente en definir de manera exacta las

bases teóricas del programa del partido, y en mantener una rígida disciplina interna en todas sus organizaciones y sus miembros, todo lo cual garantiza que el trabajo común se emplea en interés de la causa revolucionaria. Cualquier alteración en la composición de los partidos que no se corresponda de manera lógica con la aplicación precisa de tales normas sólo lleva a resultados ilusorios y arrebatada al partido de clase su fuerza revolucionaria fundamental, que precisamente reside en la continuidad doctrinal y organizativa de toda su propaganda y su obra, en ser capaz de “pronosticar” cómo se presentará el proceso final de la lucha de clases y en darse un tipo de organización acorde con las exigencias de esta fase decisiva.

Durante los años de la guerra, esta continuidad sufrió una ruptura irreparable, y había que partir de cero. Pero el surgimiento de la Internacional Comunista como fuerza histórica ha sintetizado las líneas sobre las que debe reorganizarse el movimiento proletario en todos los países, basándose en experiencias revolucionarias clarísimas y decisivas. Por tanto, la primera condición para la victoria revolucionaria del proletariado mundial es que la Internacional logre una estabilidad organizativa capaz de dar a las masas una impresión de decisión y de seguridad en todas partes, que sepa ganárselas, esperándolas allí donde es indispensable que el desarrollo de la crisis actúe sobre ellas y cuando es inevitable que pasen primero por la experiencia de los insidiosos consejos socialdemócratas. No existen recetas que nos permitan escapar a esta necesidad.

El segundo congreso de la Tercera Internacional comprendió todo esto. Al alba de la nueva época que debía desembocar en la revolución, había que fijar los puntos de partida de un trabajo internacional de organización y de preparación revolucionarias. Tal vez hubiera sido mejor que el congreso, en vez de tratar los argumentos en el orden en que lo hizo en las diferentes tesis, todas ellas teórico-tácticas, hubiese fijado primero las bases fundamentales de la concepción teórica y programática del comunismo, en cuya aprobación se basa la organización de todos los partidos miembros, para luego formular las normas fundamentales que todos los militantes deben cumplir con disciplina en la cuestión sindical, agraria, colonial, etc. Pero todo ello está presente en el cuerpo de las resoluciones adoptadas por el segundo congreso, y está excelentemente resumido en las tesis sobre las condiciones de admisión de los partidos.

Lo esencial es considerar la aplicación de las condiciones de admisión como el acto constitutivo y organizativo inicial de la Internacional, como una operación que había que hacer de una vez por todas para sacar a las fuerzas organizadas u organizables del caos en el que había caído el movimiento político del proletariado y encuadrarlas en la nueva Internacional.

Nunca se procederá lo suficientemente rápido a la hora de organizar el movimiento internacional sobre estas normas obligatorias. Tal y como hemos dicho más arriba, para cumplir con la tarea de impulsar las energías revolucionarias, hay que afanarse en demostrar una continuidad en el pensamiento y en la acción, hacia una meta precisa que un día aparecerá con claridad ante los ojos de las masas, provocando su polarización hacia el partido de vanguardia y aumentando las probabilidades de victoria de la revolución.

Si a partir de esta sistematización inicial del movimiento, que en lo que respecta a la organización es algo definitivo, surgen en ciertos países partidos cuya fuerza numérica es aparentemente escasa, podríamos dedicarnos a estudiar provechosamente este fenómeno, pero sería absurdo cambiar las normas y redefinir su aplicación para tratar de modificar la relación numérica del partido con las masas o con otros partidos. De esta forma, todo el trabajo desarrollado en la primera fase organizativa habría sido inútil y estéril, y empezando de nuevo una y otra vez, en lugar de ganar tiempo lo perderíamos.

Y este método también tendría consecuencias internacionales: en efecto, al considerar como revocables las reglas organizativas internacionales, al crear precedentes que suponen «refundir» los partidos como si se tratara de una estatua mal hecha, despojaríamos de toda su autoridad y prestigio a las “condiciones” que la Internacional ha impuesto a los partidos y los individuos que quieren adherirse a ella, postergando indefinidamente la estabilización de los cuadros del ejército revolucionario, en el que ahora los nuevos oficiales podrían aspirar a entrar “conservando su rango”.

Por tanto, no se trata de elegir entre partidos grandes o pequeños; no se deben sacudir todas las bases sobre la que se han fundado los partidos con el pretexto de que no son «partidos de masas»; los partidos comunistas deben fundarse siempre sobre sólidas normas organizativas, programáticas y tácticas que sintetizen las mejores experiencias de la lucha revolucionaria internacional.

Por difícil que sea demostrarlo sin largas consideraciones y referencias a toda una serie de elementos que se reflejan en la vida del movimiento proletario, hay que aclarar que a nosotros no nos guía un deseo abstracto y estéril conseguir unos partidos puros, perfectos, ortodoxos, sino precisamente la preocupación de que el partido de clase pueda cumplir las tareas revolucionarias de la manera más eficaz y segura.

Las masas no se concentrarán alrededor del partido, no verán en él al seguro baluarte de su conciencia clasista y su fuerza, sino cuando el partido haya puesto en evidencia la continuidad del movimiento hacia los objetivos revolucionarios, incluso sin las masas y a veces en su contra en los momentos desfavorables. Nunca ganaremos a las masas de forma eficaz si no es yendo **contra** sus jefes oportunistas, lo que quiere decir que es necesario conquistarlas desmantelando las redes organizativas de los partidos no comunistas que todavía tienen influencia sobre ellas, atrayendo a los elementos proletarios al marco de la organización sólida y bien definida del partido comunista. Este es el único método que produce resultados útiles y garantiza el éxito práctico. Y se corresponde perfectamente con la postura que adoptaron Marx y Engels frente al movimiento disidente lassalleano.

Por eso la Internacional Comunista debería desconfiar de todos los elementos y grupos que se acercan con reservas teóricas y tácticas. Admitimos que este juicio no se puede **generalizar** a escala internacional, que no podemos olvidar las condiciones especiales de ciertos países, en los que las fuerzas que se sitúan en el terreno preciso del comunismo son limitadas. Pero no es menos cierto que a la hora de valorar si se deben ampliar o restringir los criterios de admisión de individuos o, peor aún, de grupos que sólo aceptan las tesis y los métodos de la Internacional con reservas, no hay que fijarse en si el partido logrará un mayor o menor peso numérico. Estos elementos o grupos no traerán fuerzas positivas al partido; y éste, en lugar de ampliar la influencia sobre las masas, comprometerá la claridad del proceso de su conquista. Deseamos que ésta sea lo más rápida posible, pero este deseo no debe llevarnos a acciones precipitadas que lo único que hacen es retrasar el éxito sólido y definitivo.

Es necesario incorporar a la táctica de la Internacional, a los criterios fundamentales que dictan su aplicación y a los complejos problemas que presenta la práctica, ciertas normas que siempre han dado buenos resultados: la intransigencia absoluta frente a otros partidos, por cercanos que parezcan, atendiendo a las consecuencias que esto acarrearía y obviando la preocupación contingente de acelerar el desarrollo de ciertas situaciones; en cuanto a la disciplina, no sólo hay que fijarse en el respeto actual por parte de los militantes, sino también en sus responsabilidades pasadas. Hay que desconfiar de las conversiones. Hay que tener en cuenta las pasadas responsabilidades de los individuos y los grupos, en lugar de reconocerles un supuesto derecho a “alistarse” o desertar del ejército comunista en cualquier momento. Puede parecer que

de esta manera el partido se encierra momentáneamente en un círculo estrecho, pero no se trata de ostentación teórica, sino de un método táctico que garantiza la eficacia de cara al futuro.

Mil ejemplos demuestran hasta qué punto están fuera de lugar y son poco útiles en nuestras filas los revolucionarios de última hora, aquellos a los que las condiciones particulares de ayer les empujaban al reformismo y que hoy se deciden a seguir las directivas comunistas por su optimismo respecto a la inminencia de la revolución. Y es que basta con que la situación oscile de nuevo -¿y quién puede saber, en una guerra, cuantos avances y retrocesos preceden a la victoria final?- para que estos elementos recaigan en su antiguo oportunismo, alterando así el contenido de nuestra organización.

Los militantes del movimiento comunista internacional no sólo deben estar firmemente convencidos de la necesidad de la revolución y dispuestos a luchar por ella sacrificándolo todo, sino también resueltos a actuar en el terreno revolucionario cuando las dificultades que presenta la lucha indican que la victoria es más difícil y menos cercana de lo que parecía.

Si en un momento de aguda crisis revolucionaria trabajamos sobre la sólida base de nuestra organización internacional, polarizaremos a nuestro alrededor a los elementos que aún están indecisos y venceremos a los partidos socialdemócratas de todos los matices.

Si las posibilidades revolucionarias son menos inmediatas, no arriesgaremos ni por un instante nuestro paciente trabajo de preparación distrayéndonos con problemas contingentes, pues así sólo beneficiaríamos a la burguesía.

\*\*\*

Otro aspecto del problema táctico que se plantea a los partidos comunistas es la elección del momento para lanzar consignas para la acción, ya sea una acción secundaria o la acción final.

Esto provoca actualmente apasionadas discusiones sobre la “táctica ofensiva” de los partidos comunistas, que consiste en realizar un cierto encuadramiento y un cierto armamento de los militantes y simpatizantes más próximos para lanzarles a acciones ofensivas que en el momento oportuno arrastren a las masas a un movimiento general o incluso a acciones espectaculares en respuesta a las ofensivas reaccionarias de la burguesía.

También aquí se enfrentan generalmente dos posturas de las que probablemente ningún comunista asumiría la paternidad.

Ningún comunista tiene nada que objetar al empleo de la acción armada, de las represalias, incluso del terror, ni niega que el partido comunista deba dirigir directamente estas formas de acción que exigen disciplina y organización. Asimismo, consideramos infantil esa concepción que consiste en reservar el empleo de la violencia y las acciones armadas para el “gran día” en que se desencadene la lucha suprema por la conquista del poder. Forma parte de la propia naturaleza del proceso revolucionario que se produzcan choques sangrientos entre el proletariado y la burguesía antes de la lucha final: puede tratarse de luchas proletarias que acaban en derrota, pero también de inevitables enfrentamientos parciales y transitorios entre grupos de proletarios dispuestos a sublevarse y las fuerzas de defensa de la burguesía, o incluso de choques entre escuadras burguesas de “guardias blancos” y los trabajadores a quienes atacan y provocan. Y tampoco es correcto afirmar que los partidos comunistas deben desautorizar tales acciones y reservar fuerzas para la hora final, pues toda lucha necesita un entrenamiento y un período



de instrucción, y la capacidad revolucionaria de encuadramiento del partido debe comenzar a forjarse y a ponerse a prueba en estas acciones preliminares.

Sin embargo, quien concibe la acción del partido político de clase pura y simplemente como si se tratara de un estado mayor de cuya voluntad depende el movimiento de las fuerzas armadas y su empleo, interpreta erróneamente las anteriores consideraciones; y quien piensa que el partido, tras crear su red militar, puede en un momento dado desencadenar el ataque, cuando cree que el desarrollo de la situación ha llegado al punto que permite derrotar a las fuerzas defensivas burguesas, tiene una falsa perspectiva táctica.

La acción ofensiva del partido sólo es posible cuando la realidad de las situaciones económicas y sociales pone en movimiento a las masas, cuya suerte corre peligro de manera general, provocando una agitación que sólo se desarrolla en un sentido verdaderamente revolucionario si el partido interviene fijando claramente los objetivos generales y enmarcándola en una acción racional bien organizada, incluso desde el punto de vista militar. Es indudable que la preparación revolucionaria del partido puede comenzar a traducirse en acciones planificadas, incluso en el trascurso de los movimientos parciales de las masas; así, frente al terror de los guardias blancos, que dan al proletariado la impresión de ser más débil que su adversario y tratan de que abandone su preparación revolucionaria, las represalias son un medio táctico indispensable.

Pero pensar que con el juego de estas fuerzas, aunque éstas estén extremadamente bien organizadas y extendidas, se pueden cambiar las situaciones, convertir una situación de estancamiento en el desencadenamiento de la lucha general revolucionaria, es concebir las cosas de manera voluntarista, algo que no puede y no debe hallar hueco en los métodos de la Internacional marxista.

No se crean ni los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones, unificando las útiles experiencias revolucionarias internacionales para garantizar al proletariado las máximas posibilidades de victoria en esta batalla, consecuencia inevitable de la época histórica en que vivimos. Estas son nuestras conclusiones.

Los criterios fundamentales que deben orientarnos a la hora de dirigir la acción de las masas se expresan en las normas organizativas y tácticas que debe fijar la Internacional y que atañen a todos los partidos adherentes. Y estas no deben consistir en la manipulación directa de los partidos para amoldarlos a las dimensiones y características que garantizan el éxito de la revolución, sino que deben inspirarse en la dialéctica marxista, basándose sobre todo en la claridad y la homogeneidad programática por un lado, y en la disciplina y centralización táctica, por el otro.

Para nosotros existen dos desviaciones "oportunistas". Una considera que la naturaleza y las características del partido las determina su capacidad de reagrupar todas las fuerzas posibles en un momento dado, lo que equivale a dejar que sean las situaciones las que dicten las reglas organizativas del partido, dándole desde el exterior una constitución diferente a la que tenía anteriormente. La otra consiste en pensar que, si el partido es numeroso y tiene una formación militar, puede provocar situaciones revolucionarias dando órdenes de ataque, lo que equivale a pensar que es el partido quien provoca las situaciones históricas con su voluntad.

Ya las consideremos como desviaciones de "izquierda" o de "derecha", lo cierto es que ambas se alejan de la correcta vía marxista. En el primer caso, se renuncia a lo que puede y debe ser la legítima

intervención de un movimiento internacional dotado de un cuerpo sistematizado de normas organizativas y tácticas, se renuncia a ese margen de influencia que nuestra voluntad puede y debe ejercer sobre el desarrollo del proceso revolucionario, y que es fruto de una conciencia y experiencia históricas concreta. En el segundo caso, se atribuye a la voluntad de las minorías una influencia excesiva e irreal, arriesgándonos a sufrir derrotas desastrosas.

Los revolucionarios comunistas, por el contrario, son aquellos que, templados colectivamente por las experiencias de la lucha contra las degeneraciones del movimiento del proletariado, creen firmemente en la revolución y quieren firmemente la revolución, pero no cederán ante la desesperación y el desánimo como aquel que, esperando el cobro de una orden de pago, ve que el vencimiento se retrasa un día.